

UNA EXPERIENCIA DE VOLUNTARIADO

María de los Ángeles Marcano

Hoy en día, todo nos invita a vivir el momento, a que seamos el centro, a cerrar los ojos ante la realidad exterior, a que seamos felices y nos realicemos como personas, pero dejando de un lado esos sueños de transformación de esta sociedad en una más justa y más humana. Ante esta realidad, el voluntariado surge como una alternativa de verdadera realización personal.

Cuando decimos voluntariado, se piensa automáticamente en dar gratuitamente algo a personas necesitadas, se piensa en sacrificio. Yo sólo puedo hablar desde mi propia experiencia como voluntaria, desde lo que he vivido y sentido. Desde allí, puedo decir que el voluntariado no se trata de ir regalando migajas de caridad a los necesitados, es mucho más que dar algo, el voluntariado se trata de darnos a nosotros mismos.

Creo que en medio de la gratuidad propia del voluntariado, se vive la verdadera reciprocidad, porque dándonos a nosotros mismos, recibimos los dones más hermosos de los demás, recibimos y compartimos su historia, sus debilidades, sus alegrías, sus dolores, su propia vida. Así pues, el voluntariado es un camino de entrega gratificante, de plenitud personal y no de continuo sacrificio heroico en la vida.

A continuación presento mi experiencia concreta de voluntariado y lo que ha significado y significa para mí.

1.- CÓMO SE HA IDO DESARROLLANDO MI EXPERIENCIA DE VOLUNTARIADO

Mientras estudiaba en la universidad participaba en el voluntariado, concretamente con el grupo FINCA (Formación Integral Niños de la Calle),

incluso después de graduarme seguía participando. Y hace ya tres años decidí hacer una opción radical en mi vida. Renuncié al cargo de auditor externo que había desempeñado durante tres años en una firma de contadores públicos, para participar en un Proyecto que sentía me iba a dar más vida y que cautivó mi corazón. Era el Proyecto de Voluntariado Profesional que la Compañía de Jesús estaba iniciando a través de la UCAB. La propuesta concreta era ser administradora en una obra de Fe y Alegría encomendada a los Padres Jesuitas y animada pedagógicamente por las Hermanas Misioneras de Jesús. Me refiero a la Escuela Básica Agropecuaria Fe y Alegría José María Vélaz, mejor conocida como San Ignacio del Masparro.

San Ignacio del Masparro fue el último sueño del Padre Vélaz, fundador de Fe y Alegría. Se encuentra ubicada en las sabanas del estado Barinas. Atiende a niños y jóvenes campesinos de pocos recursos económicos y que provienen de caseríos en donde todavía, en pleno siglo XXI, no disfrutan, al igual que en muchas comunidades de nuestro país, de los servicios básicos de electricidad, agua potable, teléfono, vías de penetración asfaltadas, etc. Esta es una escuela muy particular, es un internado agropecuario, en donde la educación en y para el trabajo juega un papel prioritario, al igual que la formación integral de la persona.

El proceso de inserción en la cultura llanera no ha sido nada fácil. He ido aprendiendo a usar mi tiempo para estar con la gente, ponerme a la orden, conocer sus costumbres y escuchar qué piensan, para poder ir entendiendo desde su propia realidad y desde lo que viven, su historia. Creo que esto es algo indispensable para poder realizar aportes válidos.

Durante estos años me he desempeñado como la administradora de esa escuela. He vivido un proceso lento de apropiación de su realidad y de su dinámica de funcionamiento, y partiendo del conocimiento de lo que ya existía he intentado, desde mi profesión, aportar para lograr cada día un mejor funcionamiento de la escuela.

Pero estar atenta a las necesidades de la escuela, que pasó a ser mi hogar, a las de sus alumnos y sus docentes, que pasaron a ser compañeros de camino, me ha hecho desarrollar otras tareas. Entre otras cosas, he sido docente de diferentes materias de la III Etapa de Educación Básica, y esto para mí ha sido un gran regalo, porque la cercanía con los alumnos me ha permitido no estar aislada de la vida de la escuela y vincularme con su realidad me ha ayudado a ir descubriendo el verdadero sentido del trabajo que hago a diario.

La escuela no se limita a la atención de sus alumnos, sino que también busca incidir en la comunidad en donde se encuentra y en todas aquellas a las que pertenecen sus alumnos. Así, los representantes, sus comunidades y sus circunstancias, me llevaron a incluirlos en mi opción y me ayudaron a clarificar la misión que me traía como voluntaria a San Ignacio del Masparro. Por eso, también estoy trabajando en la Proyección Comunitaria. El objetivo es ir creando espacios de encuentro y formación para un grupo de Padres y Representantes de diferentes caseríos, de manera que lleguen a ser animadores comunitarios, y así ellos mismos, partiendo de los elementos positivos que ya tienen, realicen un trabajo de organización, que facilite procesos de transformación de sus comunidades en unas más prósperas.

De esta manera, esta escuela, con su gente y su razón de ser, me envolvió en una experiencia donde la realidad te habla, los dolores le dan paso a una nueva vida y las alegrías te llevan a creer que sí es posible la esperanza. Y es por esta razón por la que continúo allí, después de los dos años de compromiso como participante del Proyecto de Voluntariado Profesional.

2.- EL VOLUNTARIADO, UNA EXPERIENCIA DE HUMANIZACIÓN

Creo que en un primer momento, el trabajo de voluntariado nos ayuda a abrir los ojos al mundo exterior, nos permite entrar en contacto con la realidad que nos rodea y sensibilizarnos ante ella. Y precisamente conocer y sentir la realidad, es lo que nos hace no ser indiferentes ante ella, nos mueve el piso y nos impulsa a la acción.

Al principio, el voluntario simplemente pone al servicio su “buena voluntad” y comienza a actuar. En ese día a día del voluntario, las realidades más crudas y duras golpean una y otra vez nuestros ojos, nuestra razón y nuestro corazón. Nos golpean y nos piden a gritos que salgamos de nosotros mismos, que dejemos de ser simples observadores y que salgamos al encuentro de los otros.

Cuando damos ese paso y salimos al encuentro, es cuando realmente nos empezamos a humanizar. Los otros, dejan de ser un plural abstracto y se convierten en personas y rostros concretos, que nos esperan un día tras otro para compartir su propia vida. Ese muchacho de la calle, que antes era un extraño al que le dedicábamos un par de horas a la semana, se convierte en

alguien especial, ahora tiene nombre, es José Antonio, con una historia y una realidad con la que nos vinculamos y que nos afecta. Y así, cada una de las personas a las que el voluntario le dedica su tiempo, se van volviendo significativas y con su mirada y su historia, le invitan a entregarse en una relación vivida de igual a igual, en donde no se sentirá el gran héroe salvador, porque empieza a reconocer al otro como persona, como alguien que tiene mucho para enseñarle y que está cargado de dones hermosos para regalarle, como alguien que tiene las potencialidades necesarias para ser verdadero sujeto y no un simple necesitado de algo.

3.- EL ENCUENTRO TIENE LA FUERZA DE TRANSFORMAR

En este sentido, puedo afirmar que los verdaderos encuentros nos humanizan y son los que tienen la fuerza de producir en nosotros transformaciones profundas, esas que nacen desde adentro, desde el mismo corazón. Precisamente la vinculación que nace en el trabajo de voluntariado, con esas personas humildes, pobres, con los insignificantes, y que se sustenta en el amor gratuito por el otro, es la que nos va transformando y va comprometiendo nuestra propia vida. Valdría la pena preguntarnos, hasta qué punto nos puede ir transformando y comprometiendo la experiencia del voluntariado.

Pues yo creo que nos puede transformar hasta convertirnos en personas verdaderamente auténticas. Y la autenticidad tiene que ver simplemente con ser fieles a nosotros mismos, con hacer en nuestra vida lo que creemos que tenemos que hacer, con descubrir y realizar nuestra propia misión, es decir, con ser personas realmente libres y en definitiva plenas, realizadas y felices.

Ahora bien, todo proceso de transformación implica cambio, dolor, renuncia, esfuerzo, sacrificio, y nos han educado para huirle a esto, para rechazarlo. Por esta razón, podemos decidir poner límites en nuestro camino de transformación hacia la autenticidad y la plenitud y hacernos los locos con los compromisos que se derivan de esta experiencia. Somos cada uno de nosotros quienes decidimos si queremos o no pasar por nuestra pascua personal, si queremos pasar por la muerte necesaria para poder vivir en plenitud.

4.- EL VOLUNTARIADO UN COMPROMISO DE VIDA

Algunas personas dicen que el voluntariado debe ser una etapa o un momento en la vida. Yo creo que el voluntariado, si realmente es auténtico, se convierte en una manera de vivir y entender la vida, se convierte en un estilo de vida. El hecho de empezar a recibir dinero por el trabajo que hacemos, no es lo que determina el ser voluntario. El auténtico voluntariado tiene que ver con nuestras opciones, nuestra entrega, con nuestras actitudes y con nuestra voluntad. Porque el voluntariado es darse por completo, desde lo que somos y en lo que estamos, pero luchando siempre en contra de todo lo que causa dolor y opresión a nuestro pueblo y a favor de todo aquello que signifique vida, libertad y esperanza para todos.

Ahora bien, cuando creemos realmente en algo, cuando tenemos convicciones auténticas, éstas tendrían que traducirse en compromisos que van marcando nuestras opciones de vida. Pero, cuando pienso en esto, siempre recuerdo un retiro de voluntarios en el que nos decían que para que las utopías se realicen, las personas tendrían que tener cabeza a los 20 y corazón a los 40. Porque todos esos sueños e ideales de justicia y solidaridad por los que luchamos cuando estamos jóvenes, pueden irse esfumando cuando empezamos a buscar esas seguridades y comodidades que nos venden como éxito y felicidad.

Y recuerdo esto porque cuando terminamos la universidad y tenemos que tomar nuestro futuro profesional “en serio”, la sociedad nos dice que ya no podemos seguir siendo voluntarios. Que si queremos montarnos en el tren de este sistema, y lamentablemente hay que decir que nos educan para comprar pasajes en ese tren, tenemos que empezar a usar la cabeza y silenciar el corazón. Tenemos que emprender la interminable carrera de luchar por tener más éxito profesional, un mejor cargo, más poder, mejores beneficios,... etc, etc. Y esto nos separa de lo que en un momento de nuestra vida experimentamos como voluntarios. O tal vez no nos separa por completo, pero nos limitamos a llevar juguetes a los niños huérfanos en Navidad.

Y yo me pregunto: ¿ por qué no podemos poner nuestra profesión y todas nuestras cualidades al servicio de las personas más necesitadas, por qué las personas que trabajan en instituciones sociales tienen que ser mediocres, no podemos ser profesionales realmente exitosos y prestar unos servicios públicos de calidad? ¿ Es que no existen posibilidades de hacerlo

dignamente o es que no conseguiremos el tan anhelado éxito profesional, no tendremos una posición social reconocida, no ganaremos en dólares y no podremos acumular?. ¿ Por qué no podemos poner la mejor calidad y la mayor eficiencia en los servicios públicos, en las escuelas, en los hospitales, en lo que es de todos?. ¿Acaso ésta no es la verdadera solidaridad, éste no es el llamado de la hermandad, ésta no es la obligación que tenemos como auténticos ciudadanos de este país?

Yo creo que hay opciones para vivir dignamente una vida solidaria, una vida de entrega y lucha para sacar adelante a nuestra gente y a nuestro país. Creo que no podemos limitarnos a ese voluntariado de un par de horas a la semana, por allí se empieza y es una forma de sensibilizarnos y solidarizarnos, pero si nos quedamos allí, se convierte simplemente en una acción caritativa y en asistencialismo, pondremos pañitos calientes, pero no estaremos incidiendo en las raíces de la injusticia y de la opresión.

Particularmente, yo he vivido esta opción desde el voluntariado profesional, para mí ha sido una verdadera alternativa de realización personal, de encontrar esa misión que le da razón de ser a mi existencia, así como también de realización de esos sueños de aportar en la construcción de una sociedad más justa y fraterna.

En definitiva, creo en un voluntariado que nos lleva a descubrir la realidad, a actuar, a salir de nosotros mismos, a solidarizarnos, a entregarnos, a vivir la verdadera libertad, a ser auténticos y a poner nuestra vida entera, incluyendo nuestra profesión, al servicio de lo que es de todos y del bien común.